

La palabra naif (ingenuo, natural, cándido) de origen francés se universalizó en París en el siglo XIX a través de la figura del “Aduanero” Henri Rousseau (1844-1910) que es la referencia más significativa y universal de un creador plástico naif, Picasso fue admirador y valedor suyo, en 1908 le ofreció un célebre banquete en su estudio parisino, tras comprar un cuadro suyo por un precio irrisorio. Hoy los cuadros de Rousseau se exponen en los mejores museos del mundo.

Los pintores naif pintan instintivamente, no suelen tener conocimientos previos ni formación artística, pero, suplen con intuición, su deseo irrefrenable de contar cosas, según salen de su corazón de una manera primitiva, original e inocente. Son autodidactas, no están contaminados por ninguna escuela, el encanto de sus obras está en su frescura. El creador naif más que pensar: siente, es un observador intenso y en su pintura es fundamental el color.

En España se empezó a hacer caso a los artistas naif en los años 60 del siglo pasado. A los pintores que así pintaban se les calificaba de populares, o de una manera peyorativa de aficionados. Esto es fruto del desconocimiento, ya que el naif no implica necesariamente un grado inferior en belleza, ni en valores artísticos comparado con otras líneas creativas. Hoy, el naif español está consolidado y los pintores españoles son muy valorados y sus pinturas apreciadas en museos y galerías de todo el mundo. El Museo Internacional de Arte Naif de Jaén (1998), y la Galería Éboli de Madrid son referentes en España en este tipo de arte.